

Häyry, M. & Sukenick, A. (2024).  
Antinatalism, Extinction, and the End of Procreative  
Self-Corruption. Cambridge: Cambridge Elements.

Rubén Omar Mantella

Universitat de Barcelona





urante las últimas dos décadas una posición filosófica de familia pesimista ha ido consolidándose sobre los hombros de una pequeña explosión de popularidad: el antinatalismo. Antes de dicha explosión, «antinatalista» era un adjetivo que se solía utilizar principalmente para referirse a políticas de ingeniería social dirigidas a incentivar una disminución de la tasa de fertilidad<sup>92</sup>. El antinatalismo *filosófico* es, sin embargo, una posición más compleja, defendida por un ferviente grupo de autores, y muy difundida a través de redes sociales como Reddit o YouTube. El libro aquí reseñado es precisamente una de las más recientes contribuciones al perfilamiento y a la defensa de esta posición, de la mano del filósofo académico Matti Häyry y de la *podcaster y youtuber* Amanda Sukenick, esta última quizás la más conocida entre los activistas del antinatalismo, gracias en parte a sus entrevistas a filósofos y escritores antinatalistas, pesimistas y «efilistas» (extincionistas).

Como notan Häyry y Sukenick en la introducción, y como suele ser común en filosofía, no existe una única definición ni escuela de pensamiento antinatalista y el término es más bien un hiperónimo para referirse a todo argumento filosófico que valora negativamente el nacimiento (principalmente, pero no solo, de seres humanos) y que, como consecuencia, considera inmoral, o, como mínimo, moralmente problemático, el acto de procrear<sup>93</sup>. La versión más influyente de esta posición, y la que más respuestas (a veces polémicas) ha generado en la literatura filosófica contemporánea, es la del sudafricano David Benatar en *Better Never to Have Been* (2006).

El libro de Häyry y Sukenick debe entenderse, me parece, como el resultado de quienes, a partir principalmente del éxito y de los argumentos de Benatar, han querido encontrar terreno fértil fuera y antes de él, lo cual explica la estructura del texto. En el primer capítulo, Häyry y Sukenick intentan algo muy atrevido: rastrear la historia de la filosofía occidental como si tratase de una de lucha contra temas y posiciones antinatalistas. Para ello, los autores investigan el flujo y reflujo de tres olas de pensamiento antinatalista o

<sup>92</sup> En este sentido, han sido “antinatalistas” las políticas de la República Popular de China, al limitar el número de hijos por pareja, y el adjetivo se aplica todavía para referirse, en sentido despectivo, por parte de grupos conservadores, a políticas socioeconómicas que desincentivan o desvalorizan la fertilidad, la familia y el matrimonio.

<sup>93</sup> Algunos autores distinguen el “antinatalismo” del “antiprocreacionismo” (Masahiro Morioka, por ejemplo), siendo el primero una posición axiológicamente descriptiva (nacer es un evento lamentable) y el segundo una prescripción ético-moral (no deberías hacer nacer). Ignoraré hasta el final esta distinción ya que todos los autores antinatalistas contemporáneos afirman la parte descriptiva para argumentar la prescriptiva, por lo que la diferencia o es útil para distinguir la posición filosófica de lamentaciones literarias o biográficas o sirve, a lo sumo, como una separación conceptual útil para discusiones más técnicas donde se quiera separar el pesimismo descriptivo de las prescripciones ético-morales. Por ejemplo, en este sentido, se podría afirmar que Schopenhauer fue antinatalista pero no *antiprocreacionista*. Para una argumentación semejante, véase, más arriba, MÉRIDA, Luis G. (2024). «¿Por qué Schopenhauer (no) es antinatalista?». *Hénadas*, 4, pp. 9-31.

proto-antinatalista, descritas como «alarmas» filosófico-políticas con su respectivo movimiento reactivo.

La primera alarma la hizo sonar la sabiduría de Sileno, antiguo cuento en que el sátiro Sileno habría sentenciado al rey Midas que lo mejor para el hombre mortal es no haber nacido y lo segundo mejor es morir cuanto antes<sup>94</sup>. Junto con tal célebre fuente, unos pocos fragmentos de Tales de Mileto y Demócrito de Abdera, en el contexto general de una primera «visión científica del mundo» (p. 5) que Häyry y Sukenick parecen describir como una suerte de primer nihilismo materialista. Reacción: Platón (según nuestros autores) defiende un pronatalismo que responde a la preocupación de Demócrito (tener hijos causa angustia y el resultado es incierto) a través de un programa eugenésico y de una planificación comunitaria del cuidado de jóvenes e infantes. Aristóteles critica a Platón su comunitarismo, pero también justifica la procreación mediante un recurso a su naturalidad y desplazando el problema a una cuestión de moderación. Tanto uno como otro representan una alternativa (pronatalista) trascendental y teleológica al nihilismo materialista, peligrosamente proto-antinatalista, de los presocráticos.

La segunda alarma la disparan las éticas helenísticas (estoicismo y epicureísmo, principalmente), sorprendentemente, junto al primer cristianismo. Häyry y Sukenick citan a Seneca y Cicerón, a la Biblia y a Clemente de Alejandría, con el propósito de enmarcarlos dentro de una común preocupación por la procreación humana como causante del sufrimiento, innecesario y fútil en los primeros; y reproductor del despreciable mundo material y corporal, los segundos. El reflujo de reacción lo representa ahora San Pablo con su cristianismo institucional que acabará suavizando posiciones para hacerse religión de Estado. Se suman a él las doctrinas de Agustín de Hipona y Tomás de Aquino, quienes, según la historia de Häyry y Sukenick, defienden teológicamente la necesidad y la bondad de la procreación, tema que será «evadido» (p. 15) durante siglos hasta las contribuciones optimistas, y por lo tanto indirectamente pronatalistas, de Berkeley y Leibniz.

Finalmente, la tercera alarma, más fuerte y fácil de describir: la preocupación decimonónica por la explosión demográfica (Malthus), por el sufrimiento humano (Schopenhauer) y por la secularización de una ética centrada cada vez más en el valor y la calidad de la vida humana que en su mera existencia o en los dictados y fines divinos o naturales (Sidgwick, Mill). En el siglo XX, la lucha se convierte en una disputa entre conservadores inquietos por la suerte de la familia y el aborto (Scruton) y los primeros

---

<sup>94</sup> La versión más citada suele ser la de Plutarco en *Moralia*, I 15a-c.

autores dispuestos a «morder la bala» (como dicen los ingleses) del utilitarismo negativo, para convertirse, propiamente y de forma declarada, en antinatalistas (Cabrera, Zapffe, Benatar, el mismo Häyry).

El segundo capítulo, titulado «Antinatalism and Extinction», no puede ser resumido fácilmente porque trata de hacer dos cosas diferentes a la vez, como bien indica el título. Por un lado, intenta describir, clasificar y catalogar las diferentes experiencias y argumentos del antinatalismo contemporáneo con una tabla muy útil (p. 30) en las que se presentan como un árbol algorítmico. Por otro lado, el capítulo pretende defender el antinatalismo de la que parecen considerar la acusación más grave y problemática: la de tener como consecuencia práctica la extinción de la raza humana (y dependiendo del tipo de antinatalismo, de otras especies también). La clasificación ayuda a su propósito, ya que el principal argumento que presentan nuestros autores es que, si la extinción nos pareciera un mal imposible de defender, se podría apelar a otras corrientes o posiciones auxiliariamente antinatalistas, pero no comprometidas con el extincionismo (se menciona, por ejemplo, el transhumanismo). En este capítulo, vuelve a asomar la cabeza un tema subyacente, pero importante, a saber, el de cómo el antinatalismo denuncia, revela, y se pone en contacto con cuestiones de orden filosófico y político más amplio, como el valor de la vida, tanto la natural como la futura artificial (véase «Biocentrism», p. 31), y la relación entre ética, antropología y mundo.

El tercer capítulo se compone, sobre todo, de una defensa, a gruesas pinceladas, del antinatalismo que ellos llaman «estándar» (p. 42) y que en el fondo es una síntesis ecléctica de las aportaciones de Benatar y Seana Shiffrin, principalmente: un argumento de la calidad de vida (la vida humana es mala y peor de lo que parece), unido a unas premisas 'antifrustracionistas' (el mal no viene solo del dolor, sino de la frustración de las necesidades) y a unos corolarios acerca de la aversión al riesgo (constante y más elevado de lo que piensan los optimistas y los pronatalistas) de una vida considerablemente mala (es decir, cualitativamente mala y llena de necesidades básicas frustradas). Hasta aquí, un resumen de la obra que, como puede notarse, ha ido condensándose, precisamente, donde uno esperaría la parte más argumentativa y analítica, frente a la meramente histórica. Esto es así por razones que nos llevan ahora a la parte crítica de la reseña.

El texto de Häyry y Sukenick es una aportación muy interesante y repleta de referencias por investigar, al menos, para los interesados en el antinatalismo y en temas afines. Sin embargo, la primera falta de este breve texto (58 páginas, sin contar la bibliografía), que pretende abarcar mucho, es que parece hablar a los conversos y lo hace,

a ratos, con el fervor del indignado moral. Las posiciones filosóficas de los capítulos dos y tres apenas están esbozadas, con el antinatalismo personal de Häyry y Sukenick trazado en dos páginas que contienen premisas y corolarios, pero poco argumento, remitiendo siempre a las publicaciones del propio Häyry, quien, a mi juicio, se cita a sí mismo en exceso. También abundan términos como «corrupción», «pecado» (*sin*) y «pecador arrepentido» (*repentant sinner*), extrañas elecciones para quien parece hacerse portador de una ética nihilista y materialista, racionalista incluso contra las romantiquerías de los pronatalistas optimistas. En este sentido, el texto es una excelente *recopilación de nombres de argumentos* que viene de perlas al que los necesite juntos y que responde a cierta necesidad organizativa: como si Häyry y Sukenick quisieran proponerse como archivistas del antinatalismo, habiendo curado incluso una base de datos en línea de citas sobre el tema<sup>95</sup>.

Es una tarea loable y útil, pero aparte de este trabajo, se nota otro aspecto que el libro tiene en común con ciertos textos de ética animalista, el activismo. El texto rebosa indignación, dirigida a los procreadores, contra los que se lanzan argumentos a escopetazos, que, como esquilas, necesitan de otros textos para ser comprendidos o apreciados. La indignación es a la vez intelectual y moral: nuestros autores parecen entender y aceptar con humildad filosófica que uno pueda ser antinatalista y no extincionista, pero entre líneas se lee la *incredulidad* de quien no acepta que se puedan entender muchos de los argumentos antinatalistas y, sin embargo, no aceptar su conclusión.

Este problema afecta también a la primera parte del texto. Plantear la historia de la filosofía como la emergencia y la supresión cíclica de posturas anti-vitalistas, e incluso antinatalistas, es atrevido, pero legítimo, y si se explicase con más extensión y detalle, sería de sumo interés. Ahora bien, el atrevimiento acaba en temeridad interpretativa cuando la línea que conecta los puntos se marca con demasiada fuerza, violentando las palabras y las preocupaciones de autores mucho más antiguos que Schopenhauer. Asociar el término antinatalismo (los prefijos «proto» o «pre» tampoco ayudan) a fragmentos de un Tales o un Demócrito, por ejemplo, tomados de un contexto difícil de reconstruir, me parece anacrónico. También es cierto que la sabiduría de Sileno ha sido repetida y reinventada por muchos autores, hasta al punto que puede considerarse un *leitmotiv* o un *topos* de la literatura filosófica. Pero hay que tener cuidado de no adjudicarle el papel de himno para una supuesta corriente subterránea de antinatalistas, reprimidos por las filosofías y las religiones oficiales: en todo caso, se podría argumentar que, ínsito o implícito en el

---

<sup>95</sup> Se encuentra aquí: <https://www.exploringantinatalism.com/antinatalismquotes/>

epicureísmo y en el atomismo, hay una semilla de pesimismo (¿cosmológico? ¿antropológico?) que sería anterior, lógica y cronológicamente, al antinatalismo. El tema de la procreación como reproducción del sufrimiento humano se puede rastrear, en efecto, en el cristianismo primitivo, en lo poco que sabemos de los movimientos gnósticos y en la respuesta del cristianismo paulino<sup>96</sup>, pero uno debe cuidarse de hacer del primer cristianismo un utilitarismo en clave religiosa. Häyry y Sukenick nunca hacen esto de forma directa ni explícita, y por momentos reconocen que están dibujando, a grandes rasgos, la historia de un concepto o de una visión del mundo, pero, por así decir, tiran la piedra y esconden la mano. El tono general (y algún que otro comentario que muestra poca caridad interpretativa) no deja duda a nadie: el antinatalismo siempre ha estado allí, pero Platón antes, y los cristianos después, ambos con argumentos risibles, han defendido el pronatalismo contra los obvios argumentos filantrópicos del antinatalismo.

Esto nos lleva de vuelta al final del libro. La «corrupción» a la que hacen referencia en el título es la que incurren los que procrean ya que crean una nueva vida. Una vida que seguramente sufrirá y morirá por los designios y «racionalizaciones» egoístas que sus padres mismos inventan. Considero que se le hace un flaco favor al antinatalismo (y a la filosofía) al ser tan tajante, sobre todo en un texto que, por su extensión, comparada con la envergadura de los temas y con la cantidad de autores que quiere tratar, debería ser más humilde. Ni a Häyry ni a Sukenick se les ocurre pensar, por ejemplo, que no toda apreciación negativa o trágica de la vida sea pesimismo, ni que todo pesimismo implique antinatalismo, aunque las tres cosas (tragedia, pesimismo, antinatalismo) se hallen unidas y a menudo mencionadas de forma intercambiable a lo largo de la historia.

Dicho esto, vale la pena leer el texto, pues seguro será de ayuda a cualquier investigador interesado en el tema de la ética procreativa contemporánea, también como ramificación del pesimismo filosófico. Su extensión y bibliografía lo hacen fácil de leer y consultar. Sus errores son los típicos de los textos que mezclan investigación filosófica y fervor activista, algo no poco común en obras del presente siglo. Esto no tiene por qué restarle valor a una contribución que emerge de un interés sincero por llevar el antinatalismo, como una posición fundamentalmente filantrópica y casi kantiana en su insistencia en la dignidad y la manipulación, fuera del tecnicismo universitario. Quizás lo que yo detecto como una falta no sea más que el resultado de un proyecto que no es solo, ni principalmente, el de hacer una contribución académica, sino el de alcanzar un público

---

<sup>96</sup> Véase, por ejemplo, el interesante libro de MCKEOWN, J. (2014). *God's babies: natalism and Bible interpretation in modern America*. Cambridge: Open Book Publishers.

preocupado por el sufrimiento humano y ofrecerles unas breves pero enérgicas páginas, a partir de las cuales seguir investigando. Si ese es el propósito, me congratulo con los autores, sin los cuales (sin Sukenick, en particular), el antinatalismo quizás se trataría de una posición esotérica para unos pocos iniciados.